

Ernesto Mallo

El hilo de sangre

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Índice

Causa primera	13
Transformación	21
Obsesión	67
Destino	177

*Para Adolfo Pomar, por la amistad,
la forma más elevada de la hermandad.*

*Para un alma infectada por el vacío del mundo,
la obsesión de la venganza es un alimento dulce y reconfortante,
un elemento sustancial en el tiempo, una furia que engendra
sentidos más allá del sinsentido general.*

EMIL CIORAN

*El hambre es el primero de los conocimientos:
tener hambre es la cosa primera que se aprende.
Y la ferocidad de nuestros sentimientos,
allá donde el estómago se origina, se enciende.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Causa primera

Hambre es mirar a otro ser humano como algo con que alimentarse. Quien la haya padecido no la olvidará jamás y hará lo que sea para no volver a sentirla. Sometido a las inclemencias de la vida, nada ampara al pobre del frío, de la lluvia, del abuso, de la ignorancia y de la injusticia. No puede darse el lujo de tener principios, solo puede tener un objetivo: sobrevivir. Carlos quisiera darse de martillazos para abrirse la cabeza y dejar de pensar en el abismo que se abrió en su vida arrojándolo a la indigencia. Solo una cosa sabe: ya no quiere ser pobre, está harto de la miseria. Quiere ser rico, porque los ricos no pasan hambre, frío ni calor; no hacen cola, sus empleados la hacen por ellos; meten a las mujeres más hermosas en su cama y, lo que es más importante, los ricos nunca van a la cárcel. Todos respetan a un tipo con mucho dinero.

Sale a la calle. Por todos lados ve riquezas: en las tiendas, en el camión de caudales que pasa, en las oficinas de los bancos, en el automóvil de lujo, en un reloj de oro, en la cámara del turista, en las mesas pletóricas de los restaurantes, en los escaparates de moda. Por todas partes billetes cambiando de manos. Lo que no ve es ninguna razón para no apropiarse de todo ello, solo debe encontrar la forma: la oportunidad no tardará en presentarse y él estará allí para aprovecharla.

Carlos y Moco beben Quilmes a la espera de Néstor, que ya lleva media hora de retraso. La máxima velocidad de los ventiladores no es suficiente para mitigar el calor acumulado durante todo el día en las paredes del bar La Esperanza. Un sol implacable re-truece la pintura vial en el asfalto de la calle Oliden. Testimonio de ello son las suelas de los zapatos de Carlos, pegoteadas de una argamasa de brea negra, piedritas y mugre. Piensa con disgusto que tendrá que tirarlos. Los buenos zapatos siempre son caros. Maldice: *Justo ahora que ya los tenía domados*. El patrón suda tras una de las últimas barras de estaño de la ciudad. A gritos, Moco le pide otra vuelta de cerveza. Con pericia la sirve en jarras heladas que inclina para que contengan la cantidad justa de espuma. Se acerca a la mesa con las dos vasijas transpiradas de medio litro en una mano y el trapo en la otra. Lo pasa con energía tirando al suelo las cáscaras de maní.

Puto calor, ¿eh?

El patrón toma las jarras vacías.

El verano es para los ricos, no para los piojosos como nosotros —dice con un dejo de resignación, y con sus pies planos vuelve a su puesto tras la barra. Carlos piensa con amargura que tiene razón. El negocio de robo de neumáticos que está haciendo con Moco no está mal, pero nunca saldrán de pobres con ese asunto. Demasiado peligro para los pocos billetes que rinde. Si hay que arriesgarse tiene que ser por algo grande. Esto da dinero como si trabajara en una oficina, con la diferencia de que si lo descubren va a pasar un largo rato a la sombra. Estas ideas son las que lo trajeron hasta el barrio de Mataderos, al Esperanza.

Che, Moco, este amigo tuyo, el Rumano, ¿vendrá o no?
Tranquilo, loco, va a venir.

La doble puerta acristalada se abre con un gemido de resortes oxidados y Néstor hace su aparición. En tres zancadas está junto

a ellos. Suda como un chivo. Deja un rastro de gotas de transpiración a su paso.

Salud. ¿Qué hacés, Néstor? Este es Carlos.

Néstor le estira una mano enrojecida y húmeda que Carlos no toma. *Sentate* —le ordena. El tipo obedece. Moco levanta la mano hacia el patrón. *Una más, jefe. Marcha* —responde. Carlos lo observa como si fuese un enterrador tomándole las medidas. *A ver, ¿cómo es la cosa?* Hacen una pausa para dar tiempo a que le sirvan la cerveza. Moco enciende un cigarrillo. Néstor se bebe la jarra entera de una vez, se seca la boca con la manga y señala a través de la ventana.

¿Ven la casa esa de allí? ¿Cuál? La del jardincito con el rosal. Sí. Abí vive un matrimonio con un pibe de unos diez años. El tipo guarda un montón de guita en la casa. Trabaja para Richetti. Una empresa que trafica metales preciosos. ¿Cómo lo sabés? Me lo dijo Pitito cuando estuvo conmigo en la Escuelita. ¿Y ese quién es? ¿No te acordás de aquel grandote de pelo enmarañado que la tenía así de chiquita? Ah, sí. ¿Y por qué no lo robó él? Ese era el plan que teníamos para cuando saliéramos. Pero ¿ese Pitito no es alcabuate de la policía? Era, lo limpiaron en el motín de los colchones. ¿Y vos le creíste? Sí, me dio los planos de la casa. Mirá —dice, y amaga desplegar un rollo de papel. Guardá eso —lo ataja Carlos con firmeza—, no hagas bandera. ¿Qué más? Yo creo que el domingo es el mejor día. Con este calor, a la hora de la siesta por acá no pasa ni el loro. Podemos entrar por esa ventana que está sobre el garaje, es la habitación del chico. ¿Ven el pilar de la luz? Hacemos pie allí y ya estamos adentro.

Carlos se queda mirándolo muy serio con los ojos entrecerrados. Se pone de pie y le estira la mano con la palma abierta. *Dame los planos.* Néstor se los entrega. Carlos se va al baño. Moco ordena otra vuelta. Pocos minutos después, Carlos regresa. Toma su jarra y se la bebe sin sentarse.

El domingo acá, a las tres, sin fierros — dice secamente, gira y sale por la puerta.

El Rumano estuvo vigilando la casa desde temprano. Vio al hombre salir con el niño y regresar solo media hora después. Ningún otro movimiento. A las tres de la tarde, cuando el sol cae sin atenuantes en el barrio de Mataderos, llegan Carlos y Moco. Hablan brevemente y se ponen en acción. Moco, Carlos por delante y Néstor unos metros detrás, avanzan como cazadores. Todos los vecinos duermen la siesta, menos uno. Se detienen. El portón del garaje se abre. Encandilados, solo pueden ver la silueta del hombre que se ubica al volante del coche, avanza y lo deja cruzado en la vereda. Carlos oculta su cara detrás de sus cómplices para que el tipo no lo vea. Baja nuevamente, cierra la cochera, vuelve al auto, pone primera y sale. Pasa delante del trío lentamente, mirándolos. Como obedeciendo una orden tácita, esconden la cara y cruzan la calle para simular que van para otro lado. El tipo mira por el retrovisor la imagen del trío, temblorosa a causa del empedrado, hasta que desaparecen cuando gira por la esquina. Los tres siguen caminando. Se cercioran de que se ha ido y regresan sobre sus pasos.

Mejor — dice el rumano —, *la vieja está sola*.

Llegan a la casa. Rápidamente, Néstor cruza los dedos de sus manos para que Moco, que es el más liviano, haga pie allí, se suba al pilar y trepe al alero del garaje. De allí, dos pasos imprecisos por las tejas calientes y alcanza la ventana. No le cuesta nada abrirla. Ya está adentro. Carlos y Néstor trotan hasta la puerta de entrada. Unos segundos después, aparece la silueta de Moco en el vidrio esmerilado y les abre. Un *hall* breve y fresco que desmiente que sea verano. Silenciosos como ratones aparecen en la sala.

¿Y la mujer? —pregunta Carlos mirando escaleras arriba. *Salió o está durmiendo. Vayan a controlar, yo reviso acá* —dice mientras le arranca el cable al teléfono.

Moco toma la delantera y sube, el Rumano va detrás. El pasillo de arriba está mucho más caliente. Tres puertas, la del baño, abierta. Moco señala la que está a la derecha para que Néstor la revise y él empuja suavemente la que el plano marca como principal. Reina una penumbra surcada por las líneas ardientes de luz que se filtran por las hendidias de las celosías. Un ventilador de pie giratorio lanza bocanadas de aire caliente. La mujer duerme desnuda. A Moco se le despierta el apetito. Néstor se asoma. Ella despierta, se incorpora, ve a Moco, suelta un chillido y salta de la cama.

Tranquila —le dice Moco, aproximándose. En cuanto se pone a su alcance, la mujer suelta un zarpazo que le cruza la cara con tres arañazos sangrientos. Moco responde con un puñetazo en el estómago que la sienta en la cama. La toma por el cabello y tira, obligándola a acostarse, y se arroja encima de ella. La aferra por las muñecas, ella logra liberar una mano, se prende de un mechón de pelo y jala con tal fuerza que se lo arranca. A Moco le retuerce el gesto un dolor que no le impide replicar con una trompada directa a la nariz que la deja atontada. Mientras ella se revuelve, Moco se pone de pie, se baja los pantalones, se acuesta sobre ella y se pone a manosearla. Néstor suelta una risa estúpida. La mujer intenta una débil defensa. Un nuevo golpe la deja inerte al borde del desmayo. Moco la penetra, ella gime apenas mientras el hombre se entrega a un bombeo frenético. En muy poco tiempo alcanza el clímax y se derrama dentro de ella.

¡Hijo de puta! —aúlla, y lanza sus manos de uñas quebradas directamente a los ojos de él. Le acierta en uno. Moco se levanta con una mano en la cara. Ella se sienta y lo mira con el rostro descompuesto por el miedo. Furioso, se sube y se ajusta los pantalones. Al hacerlo cae al piso la navaja de caza que siempre carga encima. Se agacha a recogerla, ella aprovecha la posición para

patearlo en la cara. Moco abre el filo, la toma por el cuello, la voltea en la cama y la apuñala. La mujer suelta un vagido. Al retirar el arma comienza a manar la sangre por la herida y, un instante después, por la boca. Moco se levanta. Néstor ha observado la escena sin intervenir. Moco levanta la navaja nuevamente para rematarla. El Rumano lo detiene.

Pará, Moco, ¿y yo?

Moco mira a la mujer ahogándose.

Dale, todavía respira.

Repara en que en la mesa junto a la cama hay una medalla con la forma de un sol. La cadena también es de oro. Aprovecha que el Rumano no lo está mirando y se la mete en el bolsillo. Sale de la habitación. Le llama la atención el silencio. Debería escucharse a Carlos revisando los muebles. Nada. Baja las escaleras cuidando de no hacer ruido. Cuando llega al pie se encuentra con una escena inesperada. El dueño, de espaldas a Moco, acaba de regresar para sorprender a Carlos. Le está apuntando con una pistola. Los dos hombres se contemplan estupefactos. Moco no duda un instante. Se acerca sigilosamente por detrás, lo toma por la frente y le corta la garganta. Carlos, como despertando de un sueño, suelta un grito: ¡*Nooo!* El degüello le ha seccionado limpiamente las yugulares. El tipo suelta el arma, se lleva la mano al cuello y cae al piso. Tiene unos estertores, da un par de patadas y se queda inmóvil. Carlos no deja de mirarlo con los ojos como el dos de oros. Moco le sonrío. Una sirena policial cruza el cielo. Carlos salta por encima del cadáver y huye.